

Infancia urbana y vida cotidiana



Infancia urbana y vida cotidiana

Actas de las Jornadas "Los niños en la ciudad"

Madrid 25, 26 y 27 de septiembre de 1996



IDEA ORIGINAL, PROMOCIÓN Y DIRECCIÓN DE LAS JORNADAS:

Berta Brusilovsky Filer
Manuel Valenzuela Rubio
Julio Vinuesa Angulo

COMISIÓN ORGANIZADORA (además de los citados)

Jesús Cañadas
Rosma Fernández
Carlos González Esteban
Victoriano González García
M^a Antonia Pérez-Villanueva
José Jesús Sánchez
M^a Dolores Tamayo

RECOPIACIÓN DE LOS TEXTOS Y EDICIÓN DEL LIBRO:

Manuel Valenzuela Rubio, con la colaboración de Julia Espada López y Enrique Galindo Gaitero

ENTIDADES COORGANIZADORAS:

UNICEF
Gerencia Municipal de Urbanismo. Ayuntamiento de Madrid
Federación Española de Municipios y Provincias. FEMP
Museo de la Ciudad
Ayuntamiento de Coslada
Dirección General de Acción Social, del Menor y de la Familia. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales
Universidad Autónoma de Madrid
Ministerio de Fomento

JORNADAS "LOS NIÑOS EN LA CIUDAD". 1996. Madrid

Infancia urbana y vida cotidiana. / Actas de las jornadas organizadas por la Universidad Autónoma de Madrid (et al.). - Madrid : Ministerio de Fomento. Centro de Publicaciones, 1997

259 p. ; il. ; 30 cm. - (Serie monografías)

SOCIOLOGIA URBANA - Congresos y asambleas
NIÑOS-Derechos
URBANISMO-Aspectos Sociales

316.334

649.1

711.455



Edita: Centro de Publicaciones
Secretaría General Técnica
Ministerio de Fomento ©

I.S.B.N.: 84-498-0332-2
NIPO: 161-97-064-2
Depósito Legal: M. 39.652-1997
Imprime: Neografis, S.L.

Diseño cubierta: Carmen G. Ayala

Impreso en papel ecológico

jl.
292/96.



EL JEFE DE LA CASA DE
S. M. EL REY

Su Alteza Real la Infanta Doña Elena accediendo a la petición que tan amablemente Le ha sido formulada, ha tenido a bien aceptar la

PRESIDENCIA DE HONOR

de las JORNADAS "LOS NIÑOS EN LA CIUDAD", que se celebrarán en Madrid del 25 al 27 de Septiembre actual.

Lo que me complace participarle para su conocimiento y efectos.

PALACIO DE LA ZARZUELA, 16 de Septiembre de 1.996
EL JEFE DE LA CASA DE S.M. EL REY,

Una firma manuscrita en tinta, que parece ser la del Jefe de la Casa de S.M. el Rey, escrita con un trazo fluido y elegante.

SEÑOR PRESIDENTE DE LA COMISION ORGANIZADORA DE
LAS JORNADAS LOS NIÑOS EN LA CIUDAD.

MADRID

Las condiciones del espacio urbano y las necesidades de la infancia¹

Manuel VALENZUELA RUBIO

Catedrático de Geografía Humana.
Universidad Autónoma de Madrid

I. Introducción

Como señalaba Mumford en la ya lejana fecha de 1945, la planificación urbana ha sido esencialmente concebida desde la perspectiva de una sola fase de la vida: la de los adultos sin responsabilidades familiares. Tal constatación, lejos de corregirse desde entonces, aún se ha agravado más, toda vez que los colectivos pertenecientes a determinados grupos de edad (jóvenes o mayores), etnia (gitanos), condición social (pobres), situación laboral (parados) o afectados por algún tipo de discapacidad (minusválidos) se han visto relegados a unas condiciones urbanas cada vez más hostiles. Lo más que han llegado a merecer (y eso en la corrientes urbanísticas denominadas "progresistas") ha sido la pura atención compensatoria de tipo remedial e incluso tamaño privilegio se halla actualmente en cuestión ante la nueva oleada de euforia neoliberal que sacude al urbanismo y a las políticas urbanas, arropada eso sí en sólidos argumentos que invocan siempre el sacrosanto principio de la austeridad.

Cuando pensamos en una ciudad más acorde con las necesidades de los niños, se está aludiendo por lo común a aquellas necesidades que, mal que bien, se resuelven por la vía de más y mejores servicios y dotaciones puestos a su disposición en forma de colegios, parques o instalaciones para el juego y el deporte. Es necesario, pero no suficiente, que los niños puedan acceder a buenas instalaciones educativas, recreativas o culturales así como a bien diseñados espacios libres ligados a la vivienda, al colegio o al barrio. Todo ello es irrenunciable para todos los niños independientemente de su extracción social o étnica, y hay que luchar por ello. Nuestra aproximación al título que encabeza este texto se incardina en una concepción holística de la ciudad, entendida como "espacio para vivir", lo que significa involucrar a todos y cada uno de los aspectos del "entorno" entendido como "burbuja vital", ninguno de cuyos aspectos es ajeno a nuestras vivencias y menos a las del niño, que está construyendo su mundo futuro a partir de la experiencia del presente. Por eso es tan importante que los niños se hallen a gusto en cada uno de los espacios en que la ciudad se articula, desde los más próximos y cotidianos (la casa, la calle, el barrio) a los de uso más ocasional (el centro comercial, el hotel, la estación de ferrocarril).

Por lo tanto, la tesis que vamos a sostener en este texto es que sólo si la ciudad es devuelta a los niños y con ellos a los mayores, a los disminuidos y, en general, a los colectivos "vulnerables", se podrá afirmar que ha vuelto a recuperar su condición de espacio "apto para vivir" y no sólo para ellos sino también para el conjunto de la sociedad. Ahora bien, para acercarnos a este ideal futurible es obligado "repensar" la ciudad como un todo y con el máximo de presencia activa de los niños y un enfoque "sostenible", es decir intergeneracional.

1. Este texto se incardina en el Proyecto de Investigación PB92/0150, financiado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (Ministerio de Educación y Cultura)

2. La elección de un paradigma interpretativo para la inserción del niño en nuestro modelo urbano

La Geografía Social en su búsqueda de una aproximación rigurosa con la que analiza las relaciones entre la Sociedad y el Espacio, ha abordado de forma muy asidua la posición privilegiada que en dicha relación la ocupan las ciudades, dado el intenso dinamismo de los procesos sociales que en ellas tienen lugar. Es de destacar que donde la relación entre la Sociedad y el Espacio se hace más intensa y profunda es en el lugar que acoge la vida cotidiana de los ciudadanos. El espacio concreto ("el lugar" vivido y experimentado, lleno de resonancias sentimentales) en donde se desarrolla la vida cotidiana tiene sin duda un papel relevante en la creación de las condiciones materiales para una experiencia, bien gratificante bien hostil para el ciudadano. En tal sentido, el espacio de lo cotidiano debe entenderse no sólo como el "escenario" en el que se entrecruzan las interacciones sociales de familia, amistad o vecindad, sino como una dimensión que da sentido y bienestar a la vida. En ello estriba la aportación de la Geografía Social al esclarecimiento de cómo los niños experimentan y se relacionan con el-los espacios en que experimentan sus vivencias, así como las respuestas específicas que buscan y encuentran o no en el ámbito social y espacial propio (Eyles, 1989). Así pues, un paradigma útil para abordar la coincidencia o disonancia entre las necesidades de los niños y su respuesta en el espacio urbano lo aporta sin duda la aproximación ambientalista, que nos permite diferenciar entornos urbanos considerados desde la calidad ambiental o de vida que proporcionan a los individuos y a los grupos que los utilizan. En tales coordenadas conceptuales se incardinan desde trabajos ya clásicos como el de Bailly (1981) hasta las numerosas aportaciones realizadas desde la perspectiva grupal, pre-ocupadas todas ellas por la "habitabilidad" de la ciudad (Pacione, 1990).

Sin minusvalorar la aportación precedente al esclarecimiento de las relaciones entre los niños y la ciudad, no debe pasarse por alto que, como más arriba ya se ha reseñado, la ciudad en tanto que "criatura" del sistema productivo no tiene por menos que encarnar el más inevitable de sus postulados: la primacía que en él se asigna a la lógica del beneficio. Es precisamente en función de ella como se produce la "marginalización" social y espacial de aquellos grupos humanos, cuya importancia para el sistema productivo es poco relevante o incluso nula; así se han producido las innumerables formas de segregación socioespacial a que se ha visto condenada la población urbana menos solvente de antiguo y nuevo cuño; en esa "nueva pobreza urbana" compuesta por parados, mujeres, jóvenes y minorías étnicas está condenado a enrolarse el niño actual si no cambian radicalmente los presupuestos en que se sustenta nuestro modelo urbano. Toda la carga conflictual que, en definitiva, puede aportar esta perspectiva nos obliga a trascender el período de la infancia urbana mirando por encima de ella y avizorando el destino a que inexorablemente se hallan abocados los niños de hoy, a nutrir el ejército de "perdedores" resultantes del proceso de reestructuración productiva a que nos encamina la universalización del modelo urbano productivista (Valenzuela, 1996).

No puede pasarse por alto en esta aproximación conceptual la lectura "sostenible" a que nos invita desde 1992 la Agenda 21 salida de la Conferencia de Río. Como en tantos otros aspectos ambientales urbanos los niños son un auténtico baremo con el que valorar la calidad del entorno, sea éste físico, construido o social. Desde la perspectiva de la sostenibilidad urbana los niños serán la auténtica piedra de toque para concluir si una ciudad concreta, sus responsables y, en general, su ciudadanía ha avanzado hacia la construcción de una urbanización contagiada de sostenibilidad. Y nada mejor para detectarlo que la plena aplicación del principio del diálogo intergeneracional, primero y principal paso hacia la construcción de una ciudad y un territorio pensado, planificado y gestionado por y para las futuras generaciones, que lo recibirán igualmente como un legado para la posteridad; en tal contexto las políticas responsables de infancia serán el trasunto fiel de que se ha entendido y se es coherente con la idea y el espíritu de la sostenibilidad (Whitelegg, 1994:90).

De lo dicho se desprende que la situación y problemática de los niños en las ciudades han de quedar sólidamente ancladas en el entendimiento y en las soluciones para nuestro modelo urbano. Es más, por el hecho de ser un segmento particularmente "vulnerable" (como los mayores o los minusválidos) incide más duramente sobre ellos situaciones de carácter estructural como serían el binomio centro-periferia, desarrollo-subdesarrollo o dominio-dependencia. La globalización económica y su incidencia sobre países y ciudades concretas, convirtiéndolas en "perdedoras" o "ganadoras" de los procesos de mundialización y reestructuración económica, repercute positiva o negativamente en la posición actual y en las perspectivas de futuro que se le abren ante sí al niño; no es, por tanto, una dimensión banal el ser niño en una ciudad o barrio concretos al margen de la condición dependiente y subsidiaria a que, por lo común, le arroja el hecho de ser menor (Reste, 1993:228-229). Son precisamente aquellos citados parámetros estructurales básicos los que más claramente determinan las circunstancias en que se va a desarrollar la vida del niño: la posición social de su entorno familiar y, en función de él, su acceso a la educación y su integración ulterior en el mercado de trabajo etc.; la propia sensibilidad social respecto a las peculiares condiciones y demandas de los niños no es ajena al encaje urbano en coordenadas socioeconómicas que trascienden una ciudad concreta.

3. El niño urbano, entre la manipulación consumista y la capacidad para actuar sobre su propio entorno

El lugar físico y simbólico que los niños ocupan en las ciudades no puede por menos que reflejar el sistema de valores vigente; esto quiere decir que son rehenes de los valores que el sistema económico asigna a cada situación personal en el complejo espaciotemporal, un espacio-tiempo parcelizado y especializado por segmentos de tiempo productivo (día-noche, laborable-festivo, trabajo-vacaciones etc.). Los niños entran en tal dinámica como puros sujetos pacientes, sin que sus necesidades sean tenidas en cuenta a través de sus propios criterios o versiones, sino de los de sus familias. De acuerdo con tales planteamientos se les asignan espacios reservados y específicos decididos y definidos por los mayores, con lo que la capacidad de condicionamiento y manipulación de los niños por parte sus padres, maestros, monitores, etc., se refuerza y extiende a todas las situaciones de su vida (Calmettes, 1993:41-42).

Tanto es así que el espacio cotidiano de los niños no se halla adaptado ni a sus gustos ni a sus capacidades; los actos cotidianos suponen para ellos tareas complejas en tanto que las calles se les aparecen como auténticas "carreras de obstáculos". En este orden de cosas es obligado recalcar el fuerte contraste que existe entre unos espacios privados sobre manera protegidos frente a unos espacios públicos que han sido sin escrúpulo alguno sacrificados a la circulación automovilística. En conclusión, se puede afirmar que los niños de hallan a la vez supervalorados y altamente protegidos en tanto que persona menor pero coartados en su especificidad espontánea y vital.

Y si en algo se le valora "per se" es en tanto que consumidor actual y productor potencial; pero incluso en su papel de consumidor el niño se halla fuertemente mediatizado por las manías, los mitos o los temores de los mayores. Así, el furor consumista e insolidario de la sociedad de las ciudades ricas de nuestro entorno se traduce en el consumo individualista por parte de los niños de una amplia gama de artículos de bienestar, de que hacen uso reclusos en sus propios hogares seguros y bien defendidos. La pasión consumista se refleja igualmente en el consumo desenfrenado de oportunidades formativas en sus más variadas versiones, mayoritariamente inútiles y no siempre deseadas por ellos, desde deportes exóticos a cursos de los más variados contenidos, más decididos en función del prestigio social de los padres que de la utilidad formativa para los propios niños (kárate, guitarra, tenis etc.)

Frente a ello se alzan cada vez más voces (Tonucci, 1996; Colomer, 1989) a favor de hacer surgir un nuevo modelo urbano en que el desarrollo del niño se incardine en un entorno que permita la maduración de la persona en general, independientemente de sus circunstancias de edad, sexo o condición social. En definitiva, no se trataría tanto, de crear nuevas estructuras específicamente ideadas para los niños, ni de centrar la acción pública sólo en modificar, actualizar o mejorar los servicios para la infancia, aunque tal empeño pueda ser lógico y razonable en una primera aproximación. Habría que dar por superada la mentalidad "remedial", empeñada en defender los derechos de los estamentos más débiles de nuestra sociedad. El auténtico reto se halla, pues, en aplicar nuevos criterios en la evaluación y proyectación de la ciudad, en las que se abandone como parámetro el "ciudadano medio" (adulto, varón, trabajador), siendo sustituido por el niño-a (o su homólogo en forma de los diferentes grupos "vulnerables").

El desarrollo equilibrado de los niños, referente de estas Jornadas, ha de involucrar todos y cada uno de los componentes de su personalidad en sus más variados perfiles (físico, intelectual, afectivo, ético etc.), lo que se apoya en la idea de "hombre completo", no dividido ni especializado. Sobre esta idea-fuerza se habría de apoyar la intervención en la ciudad, entendida como instrumento para favorecer el desarrollo infantil en aquellas facetas que más directamente incumben al planeamiento urbano. Nos centraremos en el enfoque del niño en tanto que consumidor de espacio urbano en sus más diversas versiones (vivienda, espacios públicos, transporte, equipamientos); todas y cada una de ellas responden a necesidades específicas de los niños y la forma en que la ciudad las satisfaga traducirá en buena medida la voluntad de intervenir activamente para configurar un medio más favorable. Sin caer en fáciles determinismos, se puede concluir que la ciudad tiene un papel muy influyente en el desarrollo personal de los niños.

Abundando algo más en la idea anteriormente formulada, la única manera de avanzar sólidamente en el objetivo de dar a los niños la capacidad de entender y utilizar para su maduración personal los distintos espacios urbanos consiste en incorporar a las políticas urbanas una visión transversal de todos los aspectos de la ciudad (y no sólo los espaciales); con ello obtendremos una visión nueva de los problemas, derechos y necesidades de los niños si somos capaces de integrar en un análisis transversal desde la información a los servicios urbanos y desde la administración hasta la economía de la ciudad. Es urgente la aparición de esta nueva lectura urbana dirigida a configurar un entorno que actúe positivamente sobre las vivencias del niño y le ayude a construir tanto su personalidad como individuo libre en el libre ejercicio de su dignidad, sino también su conducta como ciudadano responsable. La idea de "ciudad educadora", felizmente

convertida en un programa de reflexión y colaboración, aspira, entre sus objetivos básicos, a transformar el entorno del niño como medio para evitar el efecto pernicioso en las múltiples formas a que nos tiene acostumbrados nuestro modelo urbano (desde el estrés hasta el vandalismo) (Colomer, 1989:60). Se habrá dado un paso adelante frente a la tradicional ignorancia respecto al niño por parte del urbanismo oficial pero también respecto a la hiperprotección, que le confina en lugares cerrados y especializados al abrigo de la animación de la ciudad, fuente de riesgos pero también de descubrimientos y aprendizaje (Feron, 1993:18). Tal cambio de óptica habrá sido abismal respecto a la tradición judeo-cristiana que entiende la ciudad asociada a Babel, lugar de oportunismo, peligro y tentación (Chawla, 1995:101-102).

Si se asumen los anteriores planteamientos creemos que se habrá dado un paso decisivo hacia una ciudad no sólo más educativa para el niño, sino más sana y segura incluida la perspectiva policial; una ciudad educadora será también una ciudad más saludable. Los niños no estarán por más tiempo condenados a pasar tardes enteras solos frente al televisor o de la escuela de idiomas al gimnasio, sino que podrán volver a jugar en la calle, pasear solos o buscarse amigos en un medio ambiente no sólo carente de cualquier tipo de hostilidad sino comprensivo hacia ellos y a sus específicas condiciones. Hasta tal punto esto es así que estamos plenamente convencidos de que el niño (e igual que él otros grupos tradicionalmente infravalorados en las ciudades) es una auténtico "indicador" ambiental y que podremos concluir sobre que una ciudad es sana y segura si volvemos a ver a los niños yendo solos a la escuela o a otros destinos urbanos o paseando y jugando solos en la calle (Tonucci, 1994: 229).

Claro está que para alcanzar este ideal urbano, hay que emprender acciones a varios niveles, entre ellas revisar las relaciones entre automóvil y ciudadano, convencer a los adultos de que los niños tiene necesidad de salir y, en general, activar todos los resortes para que la ciudad y particularmente sus espacios públicos se conviertan en lugar de encuentro intergeneracional y que su carácter integrador supere las diferencias múltiples (todas ellas razonables y válidas) que las ciudades cobijan. Coincidimos una vez más con las tesis de Tonucci en el sentido de que toda la ciudad, incluida la familia y la escuela, se beneficiará de unos niños más autónomos y protagonistas.

Quizá se ha hecho exclusivo énfasis sobre dar protagonismo a los niños en el uso y diseño de los espacios libres públicos; coincidiendo en que es en ellos donde se desarrollan las actividades más genuinamente reflejo de la condición infantil, las lúdico-recreativas; no debe minusvalorarse el reforzamiento y sobre todo la dignificación de la presencia infantil en los diferentes ámbitos espaciales que acogen las restantes funciones urbanas, llámese transporte, cultura, salud, etc. La presencia de los niños plantea muchos interrogantes comenzando por que la actitud muy extendida hacia ellos entre los responsables de dichas instalaciones es la de considerarles simples "intrusos", de los que preocupa más que nada bien su seguridad, bien el control sobre las posibles efectos de su actividad en forma de desperfectos o suciedad; una actitud, en definitiva, puramente negativa.

La universalización en régimen de plena dignidad de la presencia del niño en todos los elementos tanto físicos como funcionales de la ciudad significa que se les acepte en ellos sin reticencias y se les permita ejercer también en este caso como ciudadanos de pleno derecho. Claro que para alcanzar este objetivo se abren no pocos interrogantes y sería obligado acometer medidas operativas, que aún no siendo particularmente onerosas, significan un cambio de mentalidad y la ruptura de viejos prejuicios y tabúes. Aún asumiendo que este tipo de operaciones son largas y complejas, bueno será que se comience a pensar sobre cómo prever e integrar la presencia del niño en todos estos espacios, cómo facilitar su participación en su diseño, cómo garantizar su seguridad en ellos, etc. (M. Morales, 1995:78-79).

Hasta ahora hemos abordado diversas perspectivas de la presencia de los niños en nuestras ciudades, que tienen como común denominador su condición de consumidor del espacio urbano. Procede ahora elevar las aspiraciones de nuestro planteamiento dando entrada a una nueva perspectiva: la de que los niños no sean sólo sujetos pasivos de decisiones ajenas, que condicionan su relación con el espacio de la vida cotidiana, sino que tengan la oportunidad de ejercer como actores con capacidad de incidir sobre la misma organización urbana. Como bien es sabido, la idea de "actor" lleva implícita la de asumir una cierta cuota de poder y va unida a la capacidad de participar en la concepción del proyecto urbano y en la toma de decisiones que afectan a su puesta en ejecución. Cabría plantearse serias dudas sobre si los niños tienen la posibilidad de intervenir en la ciudad en términos similares a como lo hacen otros agentes urbanos (económicos, políticos o profesionales, etc.). La población urbana adulta cuenta con cauces para vehicular el ejercicio de una cierta cuota de intervención sobre la ciudad a través de las fórmulas de participación institucionalizadas, con las que los habitantes pueden tener presencia en los instrumentos de planificación urbanística. Claro que no basta con evocar aquí la participación al uso, que de sobra sabemos cómo en la práctica queda reducida a sólo un trámite o rito poco menos que conducente a cubrir un imperativo legal. Dicho de otro modo, falta aún mucho para una real puesta en marcha de auténticos instrumentos que permitan a los ciudadanos ejercer un papel eficaz como efectivos actores urbanos.

En el caso de los niños, la cuestión de la presencia activa de los niños en la toma de decisiones; incluso en las aproximaciones mejor intencionadas y progresistas, no consigue despegar de actitudes puramente interpretativas de lo que los niños necesitan en términos de equipamientos y espacios de ocio con vistas a una provisión equilibrada, equitativa y eficiente en consonancia con las necesidades exteriorizadas por la gente que vive en cada zona de la ciudad. Un paso adelante respecto a tales formulaciones representó el proyecto de investigación realizado en Toronto (en los años 70) bajo el título "Child in the city" con apoyo institucional y asesoramiento universitario. Hay que admitirle el haber enriquecido el concepto de "necesidades e intereses de los niños" desde una dimensión más ambiental y holística incluyendo, entre otras dimensiones:

- Un entorno saludable y seguro.
- Accesibilidad a todas las oportunidades que las ciudades brindan en cultura, ocio o deporte.
- Creación de estímulos y retos, incluyendo la oportunidad de ejercitar "un control significativo sobre el entorno físico y social".
- Tamaño y variedad apropiados de los espacios abiertos en consonancia con el desarrollo físico cognitivo y emocional de los niños.
- Suficiente diversidad y flexibilidad ambiental (Andrews, 1984:137).

Es de advertir también que se ha avanzado en la aparición de un ambiente social idóneo para la aceptación de cuotas más elevadas de protagonismo social de los niños en nuestra sociedad; como muy atinadamente señala Bassard (1995:138), se asiste en nuestra sociedad a un proceso paralelo de "infantilización" de los adultos y "adultización" de los niños en gusto, comportamientos y de pautas de consumo; todo apuntaría, según ello, a que en las sociedades avanzadas contemporáneas el niño tiende a emanciparse de la estructura social y a convertirse en actor. Aunque quizá tal pronunciamiento suene a opinión un tanto atrevida, sí convenimos con el citado autor en que las ciudades, particularmente las metrópolis, crean unas condiciones idóneas no sólo para el acceso a toda una gama de oportunidades, de participación y formación, sino que en ellas también se dan más y mejores situaciones de apropiación por el niño de su espacio vivido. Incluso se ha llegado a hablar (Michelson, 1984) de espacios "ocultos" para el ciudadano adulto, sobre los que los niños tendrían poco menos que la exclusiva (garajes, jardines y patios traseros de las viviendas, plantas bajas de los bloques colectivos, etc.). A ello les ayudaría, sin duda, su ingeniosidad y adaptabilidad (moduladas en función de edad, estatus social, sexo, etc.) y su capacidad de asumir un cierto nivel de peligrosidad.

4. Por una integración plena de los niños en la ciudad

Lo dicho en el párrafo anterior no obsta para que, dada la primacía de la familia nuclear así como la difusión de los hogares monoparentales y la abundancia de hijos únicos, la presencia del niño en la vida social sea cada vez menos activa; de aquí el aislamiento y la soledad del niño en la sociedad actual, lo que es compatible con la situación de sobreprotección que es objeto fuera y dentro de la estructura familiar (Romano Nord, 1984). Se impone recuperar o crear un tipo de ciudad donde todas las manifestaciones sociales (públicas y privadas) tiendan a conciliar y no a separar el mundo de los adultos del de los niños, lo que es tanto más recalcar por cuanto la personalidad del niño se forja por todas partes y globalmente y no sólo en espacios acotados y reservados para ellos.

Precisamente una de las deformaciones más peligrosas a que los planificadores urbanos racionalistas condujeron los estilos de vida urbanos nació del principio de la especialización funcional, sobre el que se halla configurada la ciudad actual. Aplicado a situaciones sociales concretas, como es la de los niños, tal principio llevó a reservar para ellos lugares puntuales, con los que compensar el aislamiento impuesto por el ritmo de vida de los padres o por la propia organización de la ciudad contemporánea, cuyo espacio público ha sido invadido por el automóvil y cuyo medio ambiente se ha hecho incómodo por la contaminación o por la inseguridad.

La creación de espacios segregados y especializados (juego, cultura, educación, deporte, etc.) como mal menor para responder a las necesidades y demandas específicas de los niños ha conducido en no pocas ocasiones a fórmulas imaginativas y bien integradas en el hábitat urbano, si bien la búsqueda de baratura y rapidez en la creación de equipamientos ha desembocado demasiado a menudo (grandes conjuntos residenciales aluvión, pueblos satélites, etc.) en diseños estereotipados y a posteriores mantenimientos poco cuidadosos. Así, en el caso concreto de las áreas de juego, no es raro que éstas fracasen tanto por problemas de concepción, sino también por el vandalismo fruto de ausencia de mantenimiento o vigilancia e, incluso por el mal uso de los propios visitantes habituales. Todo lo cual se agrava en barrios superpoblados, donde

la baja calidad de la vivienda es concomitante con unas condiciones socio-económicas que propician la abundancia de jóvenes con escasas perspectivas laborales.

Asumiendo que "la ciudad tiene necesidad de los niños, pero los niños tienen también necesidad de la ciudad" (Dumont, 1984), convendría definir en qué aspectos se concretaría el perfil de una ciudad "amable para los niños". Habría de ser, en primer lugar, un espacio de relación igualitaria entre niños y adultos y donde se privilegiara la busca de referencias comunes para niños, adultos y ancianos, en definitiva que haga regresar el diálogo intergeneracional. Una ciudad sería amable para los niños cuando éstos sean escuchados, pero también se le asigna responsabilidades, donde el niño sea al mismo tiempo cliente y ciudadano sin olvidar el componente de exploración y búsqueda tan necesario en la fase de formación de la personalidad. Pero la piedra de toque de la plena integración social del niño urbano y del reconocimiento de su dignidad sólo se producirá cuando el niño participe activamente en todos y cada uno de los elementos de la ciudad, que de una forma u otra le van a afectar (que son prácticamente todos) desde la fase de proyecto hasta las de ejecución y mantenimiento (Romano Nord, 1992:45-46).

Dependiendo del tamaño y dinámica de cada ciudad concreta, el ámbito de la vida cotidiana de cada niño alterará sustancialmente su escala y vivencias; es ahí, en ese entorno más próximo y directo donde las tentativas por integrar al niño habrán de ser más decididas e imaginativas; también lo habrán de ser las herramientas para conseguirlo. De entrada, habrá que interesar a los niños y jóvenes en la concepción, realización y gestión de sus espacios de vida cotidiana desde la perspectiva, que se nos antoja una regla de oro, que "todo lo que conviene a los niños es beneficioso para todos" (Dumont, 1982:XV). Sería innumerable la relación de aspectos de la ciudad que habrían de ser adecuados en función de la citada regla y de acuerdo con ella: las infraestructuras, la circulación, el viario (sobre todo el peatonal y para bicicletas), los espacios libres; todos ellos habrían de ser repensados y rediseñados para hacerlos gratos, cómodos y seguros.

Investigaciones empíricas (Chombart Lauwe, 1978) han demostrado que la conformación urbana (heredada o creada por el planeamiento) tiene un cierto efecto, lejos por supuesto de toda pretensión determinista, sobre el comportamiento de los niños; dicha influencia se hace notar, bien a través de los mensajes formales que las configuraciones urbanas emiten, bien a través de los espacios que se les reservan. Así, los barrios antiguos los perciben de una manera muy personalizada y directa, en tanto que los grandes conjuntos de vivienda colectiva emiten una imagen muy estandarizada, mientras que las urbanizaciones unifamiliares de baja densidad, al mismo tiempo que dejan reducido el espacio del niño a su entorno próximo, le proporciona vivencias inéditas en edificios o piezas complementarias de la casa (garaje) o del jardín (casa herramientas, invernadero, etc).

Sean cuales sean las posibilidades de apropiación del espacio urbano por parte de los niños y sus efectos sobre el comportamiento, lo que sí es cierto es que la manera de integrarlos espacialmente los niños se halla fuertemente vinculada a los criterios que han presidido su ordenación. De una forma u otra el lugar que se les reserva es el reflejo de un sistema social de valores que toma cuerpo en la normativa y en las prácticas urbanísticas. Así, una concepción del espacio parcelizado y especializado por segmentos de tiempo productivo vendría a reflejar la primacía en la ciudad de los valores del sistema económico con su traducción en las técnicas de "zoning" (hoy en día felizmente tan cuestionadas por múltiples razones) (Chevalier, 1993:42); en ellas cabría encontrar la razón, cuando menos inmediata, de los desequilibrios demográficos en el interior de las grandes aglomeraciones, que penalizan a los barrios antiguos en forma de envejecimiento y propician la concentración de hogares jóvenes en los grandes conjuntos de vivienda colectiva o en los pueblos-satélites.

Integrar al niño en la ciudad significa, en definitiva, considerarlo un usuario de pleno derecho a todos los efectos cuantitativos y cualitativos, sin ignorar su funcionamiento específico. Lo cual exige que, como primera providencia, se asegure a los niños una accesibilidad sin riesgos a todos los elementos tanto físicos como funcionales de la ciudad, lo que significa que estos han de ser adaptados a sus peculiaridades y necesidades desde la perspectiva de la "discriminación positiva". De hecho, el camino que va de las necesidades los niños a sus prácticas específicas en su cuadro de vida pasa por condicionantes muy fuertes con los que hay que contar y, en su caso, corregir: sus propias condiciones personales en términos de edad, sexo u otros problemas o discapacidades (niños minusválidos o hiperactivos), la adscripción social de su familia o las situaciones carenciales específicas en las que éstas se hallen (parados, emigrantes, refugiados etc.).

En función de los citados parámetros los niños utilizan de distinta manera los lugares la ciudad; así, se conoce que el espacio "vívido" residencial se ensancha con la edad en general pero sobre todo en los barrios antiguos y que las niñas hacen uso de un espacio más reducido (Calmettes, 1993:42). Como ya se ha señalado, el niño es el principal utilizador del entorno cotidiano compuesto por la vivienda, la escuela y los espacios juego, que corresponden con sus tres universos de socialización (la familia, la escuela y el tiempo libre), entre los que reparten la mayor parte de su tiempo y su espacio. Una

asignatura pendiente de la política de vivienda es justamente que los programas residenciales respondan adecuadamente a la dimensión física, psicológica y afectiva los niños en su proceso evolutivo; hoy por hoy la rigidez residencial a nivel de diseño y movilidad impone usar el mismo espacio para situaciones familiares tan distintas como la primera infancia de los hijos, la adolescencia o la preemancipación, que puede llegar actualmente más allá de los 30 años.

Particular atención está recibiendo desde la perspectiva de la accesibilidad sin riesgos los espacios públicos, llámense calle, parques o zonas de juegos, hasta tal punto que se ha convertido en una las cuestiones prioritarias en materia de urbanismo. La calle, arquetipo de espacio público plurifuncional, presenta óptimas condiciones como lugar de encuentro y juego para los niños al menos en el modelo urbano prerracionalista; ello era debido a su adecuada accesibilidad a la vivienda, a la posibilidad de vigilancia desde ella y porque su animación estimulaba múltiples formas de relación y creatividad. Ahora bien, para que en la calle se cumplan plenamente sus virtualidades como espacio infantil ideal, deben darse dos premisas: dosificar y domesticar la presencia en ellas del automóvil y prevenir la espontaneidad "fragilizante" de los niños durante su tiempo de presencia. Sin entrar en propuestas de detalle para tan complejo problema será obligado realizar acciones tendentes a sensibilizar a la población en general, a realizar acciones puntuales en el entorno de aquellos lugares más frecuentados por los niños (proximidades de escuelas, paradas de transporte público, etc.) o a la hora de programar espacios y equipamientos a nivel de barrio (deportivos, culturales etc.).

Dada la escala de todos los espacios de uso infantil y su relación con la vida cotidiana de los niños, la aproximación a su ordenación debe realizarse desde planteamientos de micro-ordenación muy pegados a la realidad concreta en la que desarrollan su vida; particular atención, pues, habrá que prestar a la accesibilidad corta en tiempo y espacio y sin riesgos, lo que condiciona claramente la búsqueda de una localización muy pensada del espacio infantil en el interior del barrio, sin caer en la tentación, que no supo o quiso superar el urbanismo racionalista, trocear el espacio del niño según actos y funciones. Al contrario, hay que asumir las secuencias de vida y de experiencias sucesivas tal como éstas producen en el presupuesto tempo-espacial (*time space budget*) del niño urbano, de tal manera que su vida cotidiana sea "una camino sin discontinuidades a través de las actividades mediante la graduación de los espacios diferenciados" (Chevalier, 1993:92; Montes, 1981:7).

Ahora bien, sería ilusorio creer que con las solas medidas citadas de ordenación y accesibilidad del espacio a favor del niño son suficientes por sí solas para integrar al niño en su barrio; todo el tejido urbano en su enorme complejidad y variedad de situaciones ha de estar pensado y adaptado a hacer en él más cómoda y segura la estancia de los niños y muy lejos de la actual hostilidad. Un papel aún más positivo, desde la perspectiva de la integración social plena de los niños a través del espacio urbano, conseguirá mediante la multiplicación de vivencias, lo que sólo será posible si en él se da una gran variedad de actividades y tiene asiento una población diversificada por edades, clases sociales y niveles formativos. Con ello se darán las óptimas condiciones para que se cree una red de relaciones acogedora y tolerante para con los niños; aún así, todo ello no será suficiente si no se superan muy acendradas costumbres consumistas, no se produce una cierta liberación respecto al tiempo de trabajo por parte de los adultos y no se reaprenden prácticas sociales ya olvidadas en el uso del espacio urbano.

En conclusión, la solución está en devolver a los niños un entorno residencial del que nunca debieron ser excluidos o, cuando menos, recludos a lugares acotados y acondicionados para ellos, llámense zonas de juego o colegios. Y esto sólo será posible si anudan en torno a ellos lazos de amistad y solidaridad, generadores de un entramado social, que no sólo les tolere sino que les abra nuevas posibilidades para realizar libremente, como ciudadanos de pleno derecho, cuantas actividades se le reconocen al adulto y no sólo la de jugar. Si se crean las condiciones para que el niño encuentre un medio acogedor más allá de la célula familiar; si en él se siente miembro libre en una sociedad libre al desempeñar todas sus actividades, la ciudad se habrá convertido en un medio plenamente educativo y los problemas que tanto preocupan con razón ahora a los gestores urbanos (acondicionar terrenos juego, habilitar puntos de paso específicos, etc.) encontrarán fácil y cumplida solución.

5. Repensar la ciudad desde la perspectiva de los niños. Un deseable horizonte utópico

La ciudad contemporánea, que compartimenta en función de criterios de funcionalidad o jerarquía social y siempre bajo la inspiración de la lógica productiva, tiende también a trazar barreras entre el mundo de los adultos y el de los niños. A los primeros, encastillados en las superestructuras organizativas sean del tipo que sea (familias, empresas, organismos, instituciones, etc.) les corresponde, de acuerdo con la distribución de papeles en nuestra sociedad, tomar todo tipo de decisiones, de las que los niños son meros beneficiarios (al menos en principio), pero también "convidados de pie-

dra", entes pasivos. Sólo en los cuentos infantiles ocasionalmente les deparan la oportunidad, al menos a ciertos personajes excepcionales, de asumir un mayor protagonismo que incluso les puede llevar a ponerse al frente del mundo de los mayores.

La idea de participación de los ciudadanos en la toma de decisiones que les afectan tiempo ha que llegó a la planificación urbanística, incluida la posibilidad de tomar decisiones y ejercer ciertas cuotas de poder o capacidad de control. Con la coartada de que los niños no son plenamente responsables o que carecen del aparato terminológico o técnico con el que abordar las cuestiones urbanas, se les ha hurtado todo tipo de autoridad en la conformación de su entorno. A lo más que se ha llegado es a indagar sobre su forma de ver y valorar aquellos aspectos urbanos en los que la ciudad de los mayores los ha recludido o, en el mejor de los casos, a que nos muestren con sus respuestas o dibujos cómo ven ellos su ciudad. Casi nunca se les proporciona una mínima información sobre el proyecto y mucho menos se les hace ver el trasfondo ideológico o intereses que laten tras cualquier proyecto urbanístico. De ellos interesa poco más que dibujos ingenuos con los que después hacer exposiciones.

Frente a ello, una auténtica consulta a los niños debería consistir en aprender de ellos todo el riquísimo abanico de entornos perceptuales y vitales con los que se relaciona, lo que éstos representan para su vida como ciudadanos y cómo van a influir de una forma u otra en su calidad de vida y en sus comportamientos; esto no se consigue con los procedimientos participativos al uso sino con auténticas investigaciones como las realizadas en la ya citada "Toronto Experience", destinadas a conocer a través de los niños los diversos ambientes urbanos y su comportamiento en ellos para encontrar la confluencia entre aquellos y las necesidades de un colectivo tan vulnerable como carente de poder (Michelson, 1979; Hill & Michelson, 1981).

Aún nos hallamos muy lejos de la generalizada aplicación de estos planteamientos y metodologías a los procesos de planeamiento, lo que no quita un ápice de urgencia a la necesidad de repensar la ciudad para un futuro distinto no sometido a la lógica productiva; esto pasa ineludiblemente por planificar para los niños y con los niños lo que para ellos tendría beneficios pero también para el conjunto de la sociedad. Tal sería el sentido que subyace en la aspiración formulada por Tonucci de convertir a los niños en "proyectistas", dejando que la libertad creativa del niño empape todas las políticas urbanas, de donde se derivarían beneficios incontables para ellos y su ciudad, ya que, utilizando sus propias palabras, "si los niños pueden participar en el proyecto la ciudad, la sentirían suya, hoy como niños, mañana como adultos, una ciudad a cuidar y defender" (Tonucci, 1996:59). Quizá no haría falta ir tan lejos si la perspectiva infantil fuera adecuadamente asumida por los mayores con responsabilidades sobre la ciudad, desde los padres y educadores hasta los agentes económicos, pasando por el tejido asociativo urbano; pero, sin duda, son las administraciones en sus diversas escalas y ámbitos competenciales y quizá más inmediatamente los responsables del urbanismo quienes deberían hacer un esfuerzo más imaginativo y generoso para que la participación de los niños como auténticos actores en la producción de ciudad vaya más allá de las buenas intenciones o las simples operaciones imagen.

6. Bibliografía

- ANDREWS, H. (1984).- "Managing urban space for children: The Toronto experience" (in) F. DI CASTRI et al., coord, *Ecology in practice*. Dublin, UNESCO, Vol 2: The social response, pp 122-145.
- BAILLY, A. (1981).- *La Géographie du bien-être*. París, P.U.F., 237 págs.
- BASSAND, M. (1995).- "L'enfant et la dynamique urbaine: approche sociologique" (in) K. NOSCHIS, edit. *Les enfants et la ville*. pp 133-145.
- BISQUERT, A. (1982).- *El niño y la ciudad*. Madrid. COAM, 103 págs.
- CALMETTES, Q. (1993).- "Ecologie Urbaine" (in) CHEVALIER, E. *L'enfant et la ville*. París, Syros, pp 19-59.
- CHEVALIER, E. Dir: (1993).- *L'enfant et la ville*. París, Syros, 327 págs
- CHOMBART DE LAWVE, M.J. (1978).- "L'espace des enfants: les relations enfants-environnement, ses conflicts". *Vie Urbaine*, pp 17-27.
- DEL NORD, R. (1992).- "Espacios proyectados para niños en el contexto urbano". *Infancia y Sociedad*, nº 18, pp 43-52.
- DUMOND, M. (1982).- "Les enfants et la ville" (in) *Forum Conseil de l'Europe*, I, pp XIV-XV.
- EYLES, J. (1989).- "The Geography of everyday life" (in) D. GREGORY & R. WALFORD, edit. *Horizons in Human Geography*. London, McMillan, pp. 102-117.
- FERON, L. (1993).- "L'enfant à l'école de la ville". *Urbanisme*, nº 269, pp 18-20.

- HAWLA, L. (1995).- "Revisioning children, nature and the city" (in) K. NOSCHIS, edit: *Children and the city*. Lausanne, Architecture et Comportement, pp 101-109.
- HILL, F. & MICHELSON, N. (1998).- "Towards a Geography on urban Children and youth" (in) D.T. HERBERT & R.J. JOHNSON *Geography and urban environment* vol. IV. John Wiley & Sons, Ltd. pp 193-256.
- MICHELSON, W. (1984).- *Consulting with children for urban planning and management*. Toronto, Centre for Urban & Community Studies. Ocassional paper, 13 págs.
- MICHELSON, W. & MICHELSON E. (1979).- *Managing urban space in the interest of children*. Canadian Commission of The UNESCO, Ottawa.
- MONTES, J.R. (1981-82).- "El niño y la ciudad" (in) *La escuela en acción*, pp 6-8.
- MORALES, M. (1995).- " Infancia y medio urbano". *Papeles de Infancia*, pp 74-83.
- MUMFORD, (1945).- "La planificación per la diverse fasi della vita" *Urbanística*, 1, pp 7-11 (traducción española en Tonucci, 1996).
- NOSCHIS, K. edit (1995).- *Children and the city*. Lausanne, Architecture et Comportement (Monte Verità), 168 págs.
- PACIONE, M (1990).- "Urban liveability. A review". *Urban Geography*, n. 1, pp 1-30.
- RESTE, I (1993).- "L'enfant en rupture" (in) *L'enfant et la ville*, París, Syros, pp 213-284.
- TESSIER, S. (1994).- *L'enfant et son integration dans la cité. Experiencies et propositions*. Paris, Syros, 183 págs.
- TONUCCI, F. (1996).- *La Ciudad de los Niños*. Buenos Aires, Losada, 304 págs.
- TONUCCI, F. (1994).- "La ciudad de los niños". *Cuadernos de Pedagogía*, nº 229, pp 8-12.
- VALENZUELA RUBIO, M. (1996).- "Bienestar y malestar en las periferias urbanas" (in) *Ciudad y Alfoz*. León, Servicio de Publicaciones de la Universidad, pp 25-42.
- WHITELEGG, J. (1994).- "Donde la calle termina: la planificación del transporte y la infancia". *Alfoz* nº 109, pp 90-92.